

La renovación urbanística de Santiago de Chile, 1930-1941: la visión de la prensa en la víspera de su cuarto centenario

The urban renewal of Santiago, 1930-1941: The View of the Press on its fourth centenary

Antonio Guerrero Gutiérrez*

RESUMEN

El 12 de febrero de 1941 se conmemoraron 400 años de la fundación de Santiago de Chile, hito relevante en la historia de la ciudad y de sus habitantes. Ya una década antes de dicha celebración tanto autoridades como diversos actores sociales de la época comenzaron a prepararse para ese momento. Testigo privilegiado de ello fue la prensa, desde la cual emergió un proceso reflexivo sobre lo que representaba esta conmemoración para la conciencia e identidad de sus habitantes. El objetivo de este artículo es caracterizar cómo la prensa capitalina, desde su tribuna, contempló y valoró a la ciudad *ad portas* de este hito referencial. El foco principal de análisis está puesto en uno de los aspectos más destacados del periodo, como fue la renovación urbanística de su radio urbano y su transformación en símbolo de la anhelada modernidad para Santiago. Este proceso, que tuvo en la noción de “progreso” uno de sus pilares fundamentales, no estuvo exento de críticas a través de la constatación de importantes contradicciones.

Palabras clave:
conmemoración,
prensa,
modernidad,
Santiago de Chile.

ABSTRACT

On February 12, 1941, Santiago commemorated its 400th anniversary, an important milestone in its history and inhabitants. A decade before the celebration, both authorities and various social actors of the time began to prepare for that moment. A

Keywords:
commemoration,
press, modernity,
Santiago.

* Chileno. Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Magíster en Bibliotecología e Información, Universidad de Playa Ancha. Profesional de apoyo, Biblioteca Nacional de Chile. E-mail: aguerrerr@uc.cl. El autor agradece a Elías Andaur por sus comentarios.

privileged witness to this was the press, from which emerged a reflection process about what this commemoration represented for the conscience and identity of its inhabitants. The objective of this article is to characterize how the capital's press, from its tribune, contemplated and valued the city on the eve of this landmark event. Our analysis focuses on one of the most outstanding aspects of the period: the urban renewal of its radius and its transformation into a symbol of the longed-for modernity for Santiago. This process, which had one of its fundamental pillars in the notion of progress, was subject to criticism due to verified contradictions.

Las primeras luces de la mañana del miércoles 12 de febrero de 1941 auguraban una jornada calurosa para Santiago, típica en esa época del año. La urbe amanecía apacible y ya dejaba entrever el típico movimiento de un día de semana, pero algo más que particular perturbaba esa monótona rutina: la ciudad conmemoraba cuatrocientos años de existencia. Ese Valle del Mapocho, que alguna vez grabó en nuestra memoria colectiva el pintor Pedro Lira con su célebre óleo de la fundación, había cambiado drásticamente. Esa ciudad-aldea mostraba, a grandes luces, los signos de una modernidad que pretendía ser imperecedera, pretendiendo dejar atrás una extendida cultura colonial y decimonónica.

La prensa de aquel entonces destacaba en sus portadas importantes hechos históricos que habían sucedido en esos cuatro siglos de vida, y sus páginas interiores se llenaban de significado con los reportajes que rememoraban un Santiago de antaño que parecía muy lejano. A su vez, las autoridades municipales, como las del propio gobierno, habían esperado con ansias este momento, que se tradujo en numerosos discursos y festividades, tanto de carácter oficial como comunitario. Culminaba, de esta forma, una preparación de años para este día especial, en que nada se había dejado al azar.

Y es que las conmemoraciones guardan un significado especial que conforman escenarios en los que se despliegan conflictos entre las distintas interpretaciones y sentidos del pasado, presente y futuro. Esta *semántica de los tiempos* permite vincular el espacio de la experiencia con el horizonte de las expectativas, mediadas por el presente. En ello, son variadas las formas de intervención que operan en la creación o remodelación de la memoria y la identidad colectiva (Pagano y Rodríguez, 2014: 78), siendo precisamente esta recreación en el imaginario colectivo la que buscaba representar a Santiago, en vísperas de su cuarto centenario, como una ciudad moderna y progresista, apartada de su anterior apelativo de “gran aldea”, como solían llamarla en décadas anteriores.



Figura 1. Portada de la edición especial que conmemoró los 400 años de la capital, exhibiendo “La fundación de Santiago”, la clásica obra de Pedro Lira.

Fuente: *El Mercurio*, 12-II-1941.

Once años antes, en 1930, el diario *El Imparcial* instaba a considerar lo que en sí representaba y simbolizaba la llegada de esta fecha conmemorativa. Esperaba que, cuando se hiciera presente dicho evento, Santiago habría de ser un auténtico exponente del progreso alcanzado por el país y, con ello, estar dentro de la división alcanzada por las grandes urbes modernas de occidente y ser una de las capitales más hermosas conocidas:

“Debemos tener presente que en once años más, el 12 de febrero de 1941, Santiago cumple cuatro siglos de existencia. Y desde hoy en adelante, debemos cultivar la patriótica aspiración de presentar a la metrópoli de nuestra gran patria, ante miles de extranjeros que la visitarán, si no como una de las más populosas, por lo menos como una de las más bellas ciudades del mundo” (*El Imparcial*, 2-VI-1930).

Para lograrlo, este diario proponía no dejar pasar el tiempo en vano, advirtiendo que, bajo la propia experiencia, estas cosas se solían dejar para último momento, insistiendo en “que es nuestra costumbre tradicional”, lo cual no debía suceder ante la llegada de tal magno acontecimiento. Este llamado no era antojadizo, pues la celebración del centenario de la Independencia chilena, en 1910, no estuvo ajena a polémicas y vicisitudes. En efecto, tal como lo ha demostrado la historiadora chilena Daniela Serra, dicha conmemoración, que estaba llamada a ser una de las más importantes del siglo XX, finalmente se organizó poco y nada, teniendo que improvisar y salvar la situación a último minuto (Serra Anguita, 2015: 625). Por lo tanto, para la celebración del cuarto centenario de la metrópolis se debía trabajar con voluntad férrea si se pretendía tener una metrópolis a la altura de las más grandes capitales del mundo.

La lectura de esta crónica, así como las que irán apareciendo a lo largo de esta década, tanto en este como en otros diarios capitalinos, comienza a revelar, poco a poco, este anhelo de ver a Santiago en su conmemoración centenaria, como una ciudad que, gracias a su constante progreso, ha alcanzado la modernidad.

Ahora bien, ¿qué es realmente lo que se entendía por ciudad moderna? ¿A qué ciudad se esperaba llegar para la conmemoración del 12 de febrero de 1941? Al respecto, Paula Vera, quien considera este periodo como uno de los más significativos para entender el impulso y el rumbo que tomaron las ciudades latinoamericanas en este tiempo, señala que:

“La modernidad comprende un conjunto de prácticas, artefactos e instituciones que colmaron de sentido las significaciones y representaciones del imaginario social. Entre las significaciones imaginarias que conformaron el entramado de la Modernidad se encuentra la racionalidad técnica, la mecanización, la velocidad, el orden y la valorización del futuro en términos de progreso económico. En este entramado de significaciones donde las ciudades, los relojes, los ferrocarriles, los automóviles, las carreteras y los rascacielos, los parques y las fábricas, materializan esas significaciones convirtiéndose, en muchos casos, en símbolos de esas modernidades” (2013: 58).

En la búsqueda de la modernidad el progreso cumple un rol fundamental, pues representa la idea del avance *progresivo* hacia un objetivo, en este caso, la modernidad. El progreso, tal como lo expresa Manuel Riesco, puede definirse “como una creencia en que la humanidad ha avanzado en el pasado, avanza actualmente y puede esperarse que continúe avanzando en el futuro. La condición esencial es, pues, el tiempo ilimitado” (2014: 16).

Ahora, si nos preguntamos por el contenido de ese avance, Riesco nos aclara que allí las opiniones se enzarzan: para unos se reduce al ámbito físico o material, para otros incluye todas las dimensiones de la persona y de la sociedad. En su acepción más común, heredada del mundo heleno, se refiere al avance del conocimiento teórico y también del conocimiento práctico incrustado en las ciencias, las tecnologías y las artes.

Como todo artículo, éste tiene sus limitantes. Es por eso que nos centraremos principalmente en el significado que la prensa dio al desarrollo y la transformación de la nueva edificación en la capital, al “progreso” en la edificación que renovó el paisaje urbano de Santiago reflejado en los nuevos edificios, especialmente del centro de la capital, donde la prensa vio un signo de progreso hacia la modernización de Santiago, destacando sus atributos así como las contradicciones de este proceso.

Revisar este acontecimiento a la luz de la prensa no es solo por el hecho de que ella es portadora de información de los acontecimientos de su tiempo, sino también por su rol como formadora de opinión pública, siendo testigo y partícipe del desarrollo de la ciudad. En efecto, es trascendental entender el rol de los medios de comunicación en una sociedad de masas ya que, tal como lo indica Roger Chartier:

“No debemos pensar que solo quienes sabían leer, y que además eran adquirentes habituales o consumidores de la prensa escrita, eran parte del debate de lo escrito... Lo escrito está instalado en el corazón mismo de la cultura de los analfabetos, presente en los rituales, los espacios públicos, los lugares de trabajo. Gracias a la palabra que lo descifra, gracias a la imagen que lo repite, se vuelve incluso accesible para aquellos incapaces de leer o que solo pueden obtener por sí mismos una comprensión rudimentaria” (2002: 217).

Es decir, los medios de comunicación escritos han sido instrumento clave para la formación de opinión, lo cual se gesta con los elementos de juicio que proporciona la prensa, ya sea franca o veladamente, correspondiendo además como instrumento catalizador de las opiniones generadas en un espacio y tiempo determinados (Valdebenito, 1956: 32).

Para conocer el significado que la prensa dio al desarrollo y la transformación de la nueva edificación en la capital, se revisaron los diarios y periódicos capitalinos publicados entre enero de 1930 y diciembre de 1941, rescatando principalmente sus notas editoriales, pero también las informativas e iconográficas. Para ello se eligieron los diarios de mayor demanda y valoración por parte de la población de entonces (Santa Cruz, 2014: 89).

-*El Mercurio* (1900-al presente): uno de los diarios más influyentes del periodo, representante de los intereses de la élite nacional.

-*Las Últimas Noticias* (1902-al presente): órgano de la empresa de El Mercurio. En la década de 1930 se declaró el diario magazine de Santiago.

-*La Segunda* (1929-al presente): edición vespertina de la empresa de Agustín Edwards, El Mercurio.

-*El Diario Ilustrado* (1902-1970): órgano del Partido Conservador. Recibió financiamiento del Arzobispado de Santiago.

-*El Imparcial* (1926-1956): periódico vespertino de 12 páginas. Independiente de derecha.

-*La Nación* (1917-2010): periódico de 20 páginas. En 1927 lo adquirió el fisco y se transformó en un órgano de opinión del gobierno.

-*Los Tiempos* (1922-1934): periódico vespertino de *La Nación*.

-*La Hora* (1935-1951): 18 páginas, de orientación política radical.

-*La Opinión* (1932-1951): diario independiente de izquierda. Su fundador y director fue el político socialista Juan Bautista Rosetti.

Santiago en camino a la modernidad

Según diversos estudios históricos, a partir de la década de 1930 el crecimiento demográfico de Santiago se hizo vertiginoso, adquiriendo proporciones hasta entonces pocas veces vistas. Esto se debió a la enorme

migración campo-ciudad, producida principalmente por la necesidad de encontrar empleo, así como también por la atracción que generaba la capital y sus oportunidades (De Ramón, 2007: 213). Otros factores que contribuyeron a este proceso lo constituyeron la fuerte migración desde el norte salitrero tras la crisis económica de 1929, que produjo una enorme cesantía y, más tarde, en 1939, los efectos del terremoto que afectó a la zona de Chillán, el cual también trajo una corriente migratoria desde el sur, tras quedar muchos de sus poblados en el suelo.

Diferentes diarios de la época detallaban lo sucedido, lo cual se reflejaba en el explosivo crecimiento de la capital. Así lo hacía notar *La Segunda*, señalando que “el censo efectuado hace un año dejó en claro que el crecimiento de Santiago ha sido grande, ya que de 639 mil habitantes en 1930 se ha pasado a contar no menos de 943 mil, diez años después” (*La Segunda*, 2-XII-1941).

Del mismo modo, expresaba la prensa que Santiago podía ser atractiva no solo para aquellos hombres y mujeres de las diferentes provincias, sino también para innumerables extranjeros que, ya sea de visita o buscando una residencia definitiva, la consideraban una ciudad adecuada para hospedarse. Esta idealización de Santiago como una ciudad idónea para abrirse paso en sociedad fue especialmente destacada en 1930 por el diario *El Imparcial*, que divulgó un artículo de un periodista estadounidense quien, de paso por Chile y su capital, redactaba para sus medios locales de Estados Unidos sus impresiones sobre la capital chilena:

“El escenario callejero de Santiago es el mismo que puede observarse en cualquiera metrópoli moderna... Si os sentáis en una plaza, veréis centenares de autos y autobuses, de fabricación y estilo americanos, que pasan por las calzadas laterales a gran velocidad, transportando pasajeros, que, a juzgar por su indumentaria, podrían haber llegado el día anterior a Santiago, desde la Quinta Avenida o la calle 14 de Nueva York... Muchachas con el pelo cortado “a la garzón”, y jóvenes peinados “a la gomina”, que llevan el sombrero en la mano, marchan a largos pasos cual si lo hicieran en Central Park o en el bulevar Michigan...

En vuestra excursión callejera encontrareis grandes establecimientos comerciales, iguales a los que habréis visitado en Londres... El

espíritu de cortesía reina en este pueblo, en general; porque es éste un pueblo que se ha hecho eficiente y duro para el trabajo, sin perder sus afables maneras” (*El Imparcial*, 10-V-1930).

De este modo, para diversos medios de prensa, Santiago ya podía comenzar a compararse con las grandes capitales latinoamericanas, como Río de Janeiro o Buenos Aires, y, en ese contexto, tampoco resultaba ilógico que aspirara a transformarse en una gran metrópolis al más puro estilo norteamericano —como Nueva York—, o europeo —como París o Londres—. Este imaginario era reforzado con algunas publicaciones. *Las Últimas Noticias*, en 1941, publicó una entrevista a Daniel W. Hoan, diplomático norteamericano, quien, gracias a sus labores de cancillería, había tenido la oportunidad de visitar importantes ciudades del mundo y no dudaba en hacer un paralelo entre Santiago y la capital francesa de principios de siglo, señalando que “tuve la oportunidad de visitar París antes de la guerra ... Ahora al visitar esta capital creo y sin dar lugar a falsas interpretaciones, que se puede abrir un paréntesis de semejanza entre ambas ciudades. Esto lo digo espontáneamente y deseo que los chilenos lo sepan” (*Las Últimas Noticias*, 17-IX -1941).

Ciertamente, este tipo de publicaciones buscaba destacar, por medio de diferentes notas informativas y crónicas, el nivel alcanzado por Santiago, el cual ya se podía considerar como una de las ciudades del continente. Por eso *El Imparcial*, en una publicación de 1931, situaba a Santiago como la tercera mejor ciudad de América latina, luego de Buenos Aires y Río de Janeiro (*El Imparcial*, 16-II-1931).

Relevancia de la nueva edificación

Si bien se destacan los progresos alcanzados en diferentes materias y servicios urbanos de la capital, era la construcción de numerosos edificios y de moderna arquitectura, especialmente en su casco histórico, lo que, a juicio de la prensa, le estaba imprimiendo una nueva estampa a Santiago, la cual se robustecía con originales obras arquitectónicas. Esta faceta hacía innegable el desarrollo y progreso de la ciudad, y a lo que más se arrimaba a destacar la prensa, tal como lo expresaba diario *El Imparcial*:

“La evolución efectiva y rápida que ha experimentado Santiago, se hace más evidente al observar las magníficas construcciones que se

levantan generalmente en la parte céntrica, la que va adquiriendo así el aspecto de una gran urbe... Edificios gigantescos, de tal puede calificarse algunos edificios en construcción, que en el corazón mismo de la ciudad emergen de la superficie como desafiando el espacio" (*El Imparcial*, 17-V-1930).



Figura 2. La prensa destacó los nuevos edificios de altura de Santiago, como una demostración tangible del avance y progreso alcanzado por la ciudad en su edificación.

Fuente: *La Nación*, 4-I-1936.

Ejemplo de lo anterior fue la puesta en marcha, a inicios de la década de 1930, de la construcción del Barrio Cívico y de su plaza, frente a La Moneda, que llegaban a reforzar este imaginario de perfil monumental que iba adquiriendo la capital. Sin duda, fue uno de los eventos que más destacó la prensa en el periodo, con innumerables notas periodísticas, fotografías y portadas que daban cuenta de tal suceso. Así lo relataba el periódico *Los Tiempos*:

“No hay duda de que esta gran plaza será una de las que de mayor carácter a la ciudad de Santiago. Será la primera vez que en Chile tengamos una perspectiva semejante, en pleno centro de una ciudad populosa, a imitación de las grandes capitales europeas” (*Los Tiempos*, 16-XI-1933).

Una manera de exponer y resaltar ante la opinión pública este carácter de progreso y transformación de Santiago lo señalaba *El Mercurio*, al relatar la situación de quienes habían permanecido alejados de la capital por un tiempo prolongado y que, al volver, les sorprendía de gran manera el notable progreso que había alcanzado la ciudad en el transcurso de pocos años. En primer lugar, llama la atención el desarrollo capitalino en su aspecto arquitectónico. Suntuosos edificios se alzan en sus barrios céntricos y en los alrededores, ofreciendo magníficas perspectivas a la mirada ávida del viajero.

“Ya los ‘rascacielos’, no son la nota aislada de hace pocos años, pues junto a los que fueron los primeros han surgido otros, más altos, más atrevidos, de mayor magnificencia, dotados de todos los últimos adelantos modernos. Allí están entre otros, el airoso edificio de la Caja de Seguro Obrero Obligatorio en la Plazuela de La Moneda; el Turr, en la Plaza Italia, el de la Cía. de Seguros; la Sud-América, y el que pronto se terminará para las oficinas del Ministerio de Hacienda” (*El Mercurio*, 5-IX-1933).

Esta transformación de la fisonomía de Santiago, simbolizada en su edificación, era la que iba renovando el espíritu de la expresión urbana, cuyas construcciones entregaban vigor a la idea de progreso, dejando atrás las obras de carácter colonial que dominaban el paisaje de la antigua ciudad. El diario *El Imparcial*, en 1934, sentenciaba que “Se puede decir que muy pronto se renovará totalmente el centro comercial de Santiago; modernos y lujosos edificios irán reemplazando a aquellas construcciones que por su vejez y falta de comodidades son verdaderos lunares para nuestra ciudad” (*El Imparcial*, 11-X-1934).

Fue así como muchas de las antiguas construcciones de estilo decimonónico empezaban a ser sustituidas por nuevos edificios modernos, de “líneas simples y puras”, con lo que Santiago iba dejando atrás poco a poco “su aire vetusto, su aspecto provinciano de aldea grande,

y es ya la urbe moderna, trepidante, a ritmo con el vértigo de la vida intensa” (*La Segunda*, 9-XI-1936).



Figura 3. Para *Los Tiempos*, las nuevas edificaciones levantadas en la ciudad posicionaban a Santiago en un lugar distinguido e indiscutible entre las grandes urbes de América.

Fuente: *Los Tiempos*, 16-VI-1936.

Para algunos medios de prensa, este signo de progreso y modernidad quedaba perfectamente enmarcado en ese hermoso Valle del Maipo, enclavado a los pies de la cordillera de Los Andes, estimulado así un escenario aún más acogedor para sus habitantes, donde la obra del hombre y de la naturaleza daban a la capital el equilibrio perfecto de una ciudad que, “de forma inexorable”, avanzaba hacia el progreso:

“¡Qué magnífico telón de fondo para el paisaje urbano que está en primer término! La obra del hombre que ha transformado el valle de la orilla del Mapocho, que ha eliminado las pintorescas tejas de barro por el ambicioso y dinámico rascacielo, junto a la tranquila obra de la naturaleza” (*Las Últimas Noticias*, 18-II-1937).

Por su parte, el diario *La Nación* destacaba en 1935 el desarrollo urbano y arquitectónico de la ciudad, aplaudiendo la inversión de capitales en las numerosas construcciones levantadas principalmente en el centro de Santiago, teniendo siempre presente lo significativo de aquellas obras y su trascendencia en el progreso de la capital ante la recepción y conmemoración del Cuarto Centenario: “La idea de un Santiago monumental se va abriendo paso a paso a medida que cunde la edificación moderna de iniciativa privada, y teniendo en mira el cuarto centenario de la fundación de la ciudad” (*La Nación*, 16-VI-1935).

Como se recoge de las informaciones entregadas en las diferentes notas de prensa, muchas de estas nuevas construcciones se erigían sobre la demolición de las antiguas viviendas que, por sus condiciones de antigüedad, eran consideradas aptas para ser relevadas por las nuevas edificaciones de siete o más pisos de altura que se estaban levantando:

“Por todas partes se alzan gigantescos tijerales, y el crepitar de palas mecánicas parece la verdadera sincronización del progreso. Millares y millares de brazos levantan edificios sobre las ruinas del pasado... Y así nos enfrentamos hoy ante esta verdadera fiebre de edificación, que traerá tantos positivos beneficios a la capital” (*La Nación*, 14-VII-1935).

Al respecto, *El Mercurio* explicaba el progreso transformador de la capital, comparando este fenómeno de construcción con lo ocurrido en Holanda, a raíz del auge de la edificación urbana, “muy semejante al de Santiago” durante el curso de estos años.

“Tal como aquí, allá se presentó la edificación como un negocio remunerador, por lo bajos precios de los materiales de construcción y de la obra de mano, también por el alza coincidente de los arriendos. En Santiago hemos tenido además la influencia de la ley que eximió de contribuciones a los edificios terminados antes del 31 de diciembre de 1935, y las grandes facilidades ofrecidas por las Cajas de Previsión Social” (*El Mercurio*, 2-VI-1936).



Figura 4. En la crónica destaca el fotograbado del paisaje urbano y arquitectónico decimonónico que aún estaba presente en varios e importantes sectores de la capital, invitando a su reemplazo por nuevas edificaciones.

Fuente: *La Nación*, 7-IX-1940.

Las nuevas construcciones de Santiago no solo eran innovadoras en su arquitectura, sino que también experimentaban alturas jamás antes alcanzadas en su historia y que, gracias al trabajo e inversiones económicas, se erigían a través de las calles de la capital. El elemento necesario para llevar a cabo esta obra transformadora fue, sin duda, el cemento que, gracias a sus características técnicas y masificación, cambiaba tanto la apariencia de la ciudad como la vida misma de las personas. Ante los rigores de la naturaleza, como sismos y lluvias, el cemento ayudaba a dejar atrás el frágil adobe que refugió por tantos años a los habitantes de la capital:

“No solamente en el África, sino que en Europa y en América, el cemento ha ayudado al hombre a someter a las fuerzas de la naturaleza... La existencia misma de los hombres se hace ahora más fácil y menos expuesta a las inclemencias de las fuerzas naturales ya que el cemento permite construir casas que ni los terremotos, ni las inundaciones, ni el fuego, pueden destruir. En este sentido el hombre moderno es más poderoso que los antiguos” (*Las Últimas Noticias*, 13-IX-1936).

A pesar del encanto que suscitaba todo el crecimiento y progreso urbanístico alcanzado hasta ese entonces por Santiago, sobre todo la admiración que provocaban muchas de las nuevas construcciones, sumado a los adelantos tecnológicos que mejoraban la calidad de vida de sus habitantes, la prensa también reconocía su inconformidad frente a varios ámbitos de este proceso transformador.

En efecto, no hubo un común acuerdo entre quienes se expresaban en los medios de prensa. Y ello no solo se verifica entre los diferentes diarios y periódicos, sino también existió divergencia exteriorizada incluso entre los columnistas de un mismo medio de comunicación, pues en el transcurso de la década de 1930 fueron emergiendo voces discordantes entre quienes veían en este afán modernizador, que buscaba transformar la fisonomía capitalina, un elemento concebido a partir de nociones superficiales que, en lugar de beneficiar a los habitantes de la capital, los privaba de su patrimonio arquitectónico.



Figura 5. Frecuentemente se destacó las características y el valor económico de las nuevas construcciones en la capital

Fuente: *El Diario Ilustrado*, 11-II-1936.

Objeciones a la modernidad

Tanto la expansión urbana como el reemplazo de muchas construcciones de larga data para instalar en su lugar ostentosos rascacielos revelaba, para el sector más crítico de la prensa, la escasa preocupación por conservar bienes simbólicos representantes del pasado y, por lo tanto, parte importante del patrimonio histórico de la ciudad:

“Ahora, cuando se elaboran proyectos para celebrar el próximo IV centenario de la fundación de Santiago, la consigna parece transformarse sin respetar estos últimos vestigios del pasado... Entre nosotros, cuando se trata de progresar, de transformarse o modernizarnos, inevitablemente caemos en la destrucción del pasado. Aunque parezca absurdo a las nuevas mentalidades, con cada edificio, con cada paseo, que cae bajo el imperio del progreso, se va algo del viejo espíritu chileno. Por eso los ancianos de otras épocas ya no conocen la ciudad de hoy, y los jóvenes no tienen motivos para que en ellos se aferre el viejo concepto espiritual del Chile antiguo” (*El Imparcial*, 28-VI-1937).

La pretensión de las autoridades de hermostrar la ciudad también fue ásperamente criticada por algunos medios de prensa, como el diario *La Hora*, para el cual era evidente que “el afán de embellecimiento de la ciudad que domina al Ejecutivo y al Municipio” era penoso cuando el mejoramiento de la capital se concentraba solo en los barrios centrales y residenciales, dejándose en cambio abandonados los suburbios que eran habitación de las clases trabajadoras:

“La metrópolis parece poseída en estos días de una verdadera euforia estética. La picota demoledora está arrasando día a día con viejos jardines y parques o derribando calles centrales para dar perspectivas nuevas a la urbanización... cuando hay problemas higiénicos más apremiantes y necesarios... especialmente de aquellos barrios populosos en que el pueblo es presa fácil de epidemias y de cuanta miseria fisiológica prospera en la pobreza... Hace falta imprimir una orientación práctica, con mayor sentido social, a este afán casi delirante de embellecimiento urbanístico instantáneo” (*La Hora*, 10-VII-1935).

Como respuesta a estas embestidas de parte de sectores de la prensa, el diario *Las Últimas Noticias* expuso, en 1936, la “opinión autoriza-

da” de Rogelio Ugarte, que había sido alcalde de Santiago durante dos periodos (1918-1920 y 1923-1924), y que en principio se enorgullecía de las transformaciones conseguidas hasta entonces, indicando que la capital estaba “inconocible” [sic] y argumentaba que mucha gente de provincia acudía hasta la capital exclusivamente con el propósito de apreciar los cambios que estaba experimentado desde un punto de vista urbanístico. Por ende, para el alcalde, era “necesario” que desapareciera todo vestigio que fuera en contra de la modernidad y el progreso de la capital:

“Muchas personas dicen que es necesario conservar algunas casas porque son reliquia o monumentos nacionales... Pero como el sentimentalismo no conduce a nada práctico, es necesario que (...) las casas ruinosas cuyas murallas parece que se van a derrumbar; (...) desaparezcan definitivamente de la ciudad. Es una burla al pasado y un entorpecimiento al progreso mantenerlos en servicio o conservarlos en pie. Y con ellos debe irse todo aquello que hace aparecer a la capital moderna con retazos del siglo XVIII incrustados en pleno corazón” (*Las Últimas Noticias*, 16-XII-1936).

No obstante, el aspecto en el que más centraba la prensa era en el desigual e incluso nulo desarrollo alcanzado por muchos de los barrios de la capital, frustrando y decepcionando a aquellos que eran testigos de las diferencias que se expresaban en este llamado “progreso capitalino”. En efecto, la prensa observaba, muchas veces con aire de espanto, como algunos barrios se encontraban alejados de los adelantos y de la modernidad que mostraban determinados sectores del centro de la capital:

“En más de una ocasión, ‘Las Últimas Noticias’ ha levantado su voz en defensa de los barrios humildes, que permanecen como al margen del progreso ciudadano y que viven su tragedia entre el fango de las acequias que corren a tajo abierto por sus calles... en los sectores sur y surponiente de la ciudad existen actualmente rincones que son inaceptables dentro del área de población cuyo centro se moderniza día a día, y que trata de exhibirse con orgullo a los turistas extranjeros” (*Las Últimas Noticias*, 28-I-1938).

Lo anterior demostraba que la elogiada modernización de sectores de la capital, especialmente de su zona central, no se ajustaba con la abatida realidad que vivían muchos de sus habitantes, a quienes les

tocaba residir en viviendas precarias e insalubres, donde carecían incluso de servicios básicos como el alcantarillado. Al respecto, se ha indicado que durante la década de 1930 existían en la comuna de Santiago alrededor de tres mil conventillos, albergando en su interior a unas 250 mil personas, es decir, cerca de la mitad de la población urbana de la capital (Catillo y Vila, 2022: 21). Por ello, el vespertino *Los Tiempos* insistía en que cada vez era más frecuente encontrar, al lado de “un palacete cursi y pretencioso, de estilo criollamente recargado, uno de esos vergonzosos ranchos con muralla de adobe y techo de calamina” (*Los Tiempos*, 1-VIII-1934).

A través de crónicas y notas periodísticas, la prensa hacía presente que muchas de las viviendas y de los conventillos insalubres, ampliamente condenadas en sus páginas, no solo existían en los barrios de la periferia de la capital, donde la presencia del Estado era escasa y en los cuales el loteo de chacras realizado por particulares había profundizado tales problemáticas (Vyhmeister-Fábregas, 2019: 216). En este sentido, se señalaba que el centro mismo de Santiago tampoco había logrado superar la precariedad habitacional, la cual venía arrastrándose por más de un siglo, dejando en evidencia el pesado avance contra la desigualdad en el desarrollo de su progreso. Por lo anterior, no era de extrañar que diversos diarios criticaran el amargo cuadro del que eran testigos, indicando, como lo hacía el diario *Las Últimas Noticias*, que:

“no se concibe el hecho de que a pocos metros de la casa del Gobierno, La Moneda, rodeada de rascacielos, verdaderos gigantes de la arquitectura moderna y de una plaza de clásico estilo parisino, haya conventillos que constituyen un atentado contra la estética y la salud pública” (*Las Últimas Noticias*, 9-III-1937).

En efecto, la prensa no fue indiferente a las contradicciones que experimentaba Santiago como parte de su proceso de modernización. Para el diario *Las Últimas Noticias*, la crisis habitacional sumada a la proximidad del Cuarto Centenario generaba una contradicción evidente que debía ser abordada. *Las Últimas Noticias* cuestionaba si se “podría celebrar dignamente el histórico acontecimiento mientras la mitad de la población de Santiago vive amontonada en inmundas polilgas y hay barrios enteros que son todavía verdaderos focos insalubres” (*Las Últimas Noticias*, 24-III-1939).

Fue así como diversos diarios, de la heterogénea gama política y comercial de la capital, si bien reconocían que Santiago, en muchos de sus aspectos, había experimentado progresos durante la última década y que su área de extensión se había ampliado “enormemente”, no desconocían que aquello se había materializado de la mano de un innegable defecto, y era que lo hacía desordenadamente. Así lo retrataba el diario *La Hora*, a un año exacto de la conmemoración de su Cuarto Centenario:

“Santiago es aún una ciudad desorganizada. Su crecimiento ha sido arbitrario, sin sujeción a plan alguno y, así vemos que se conservan durante años y años viejos y ruinosos edificios, sin valor alguno, al lado de construcciones modernas” (*La Hora*, 12-II-1940).

LAS ÚLTIMAS NOTICIAS - Martes 21 de febrero de 1939

Los arrendatarios discutirán mañana en el T. Municipal el problema de la vivienda

Habrí gran concentración a las 18.30 horas

MAÑANA NEGOCIARÁN en el T. Municipal, una comisión de arrendatarios y el Municipio, el problema de la vivienda en general y en particular de los inquilinos de las viviendas de la ciudad.

Esta tarde, el Sr. Ministro del Trabajo, señor Piñera, el Sr. Ministro del Interior, señor Barros Borgoña, el Sr. Ministro de Hacienda, señor Barros Arana, el Sr. Ministro de Justicia, señor Cordero, el Sr. Presidente de la Corte de Apelaciones de Santiago, Sr. Contralor General, Sr. Alcalde, señores Gálvez y Valdovinoso y el Sr. Director don Joaquín Lavandero, representantes de los arrendatarios, se reúnen en el T. Municipal.

Terminada esta reunión, se celebrará un Comité que se reunirá en la tarde. Una comisión de arrendatarios, presidida por don Barros Borgoña, se reúne en la tarde en el T. Municipal para discutir el problema de la vivienda en general y en particular de los inquilinos de las viviendas de la ciudad.

EN CALLE GALVEZ SE ALZAN INMUNDAS VIVIENDAS A POCOS METROS DEL BARRIO CÍVICO

COMPLETAMENTE INSALUBRES SON ESTOS COLECTIVOS

En uno de los barrios de Santiago, en el barrio de San Miguel, se encuentran algunas viviendas que son verdaderas cuevas de ratas. Estas viviendas son verdaderamente insalubres y constituyen un peligro para la salud de los habitantes de la ciudad.

En el barrio de San Miguel, se encuentran algunas viviendas que son verdaderas cuevas de ratas. Estas viviendas son verdaderamente insalubres y constituyen un peligro para la salud de los habitantes de la ciudad.

SE INICIA LA INSPECCION DE CONVENTILLOS

PRIMICIA DE LA SALUD PÚBLICA

UNA LEY QUE OBLIGUE A HIGIENIZAR LAS VIVIENDAS CADA AÑO. SE PREPARA

HASTA 40 PESOS CORRAN AL MES POR CADA PIEZA

Una ley que obligue a higienizar las viviendas cada año. Se prepara una ley que obligue a higienizar las viviendas cada año. Se prepara una ley que obligue a higienizar las viviendas cada año.

Amplia ayuda para víctimas del terremoto

PRIMER COMITÉ AUXILIAR DE EMERGENCIAS

Se prepara una ley que obligue a higienizar las viviendas cada año. Se prepara una ley que obligue a higienizar las viviendas cada año.



Figura 6. El titular central de la crónica destaca la presencia de la miseria habitacional en el centro mismo de Santiago.

Fuente: *Las Últimas Noticias*, 21-II-1939.

El periódico *La Opinión* veía entre las causas que habían contribuido a este crecimiento “anárquico” de Santiago, en primer término, la práctica del “liberalismo indolente y absurdo” de parte de las autoridades en general, que abrieron el camino a empresarios que llevaron a cabo la lotización de terrenos adyacentes a la ciudad y a comunas que formaban su periferia:

“Una urbe moderna no puede surgir espontáneamente, ni ser resultado de la casualidad o del libre juego de los intereses particulares. Todo lo contrario. Es el resultado de un plan científicamente delineado, de una dirección firme, de una política lo suficientemente ágil y elástica pero que, aunque cambien las personas, sigue un curso permanente, sabiendo siempre qué es lo que quiere y hacia dónde va (*La Opinión*, 8-X-1941).

De este modo, y tal como lo indica Carlos Sottorff, queda en evidencia que la prensa capitalina no solo propugnó por la modernización de la ciudad, sino también demandó, de forma crítica y exigente, la acción de las autoridades en función del mejoramiento de la vida de aquellas personas excluidas del avance de la modernización (2020: 297).

En 1934, el vespertino *Los Tiempos* acusaba un defecto mayor en la capital, a pesar de las transformaciones y progresos alcanzados en muchos ámbitos de la vida y arquitectura urbana, así como también de sus propias contradicciones. Santiago carecía, de acuerdo con este medio, de un elemento esencial, propio de las grandes ciudades y capitales de la región, como lo era una identidad propia, algo que la conectara con su tradición histórica y con un estilo propio. Santiago destaca por “su falta absoluta de carácter. No tiene, como el resto de las capitales sudamericanas, un sello personal, ese algo que las hace diferente a todas. En Santiago no existe un solo edificio que evoque algo, que recuerde un pasado o que produzca una emoción” (*Los Tiempos*, 1-VIII-1934).

En la misma línea de la disconformidad se encuentran páginas cargadas de nostalgia, que evocaban a un Santiago antiguo, una capital que, quizás con menos edificios y menos progreso urbano, era más acogedora y agraciada para sus habitantes. Esta idea es expresada por un columnista de *El Mercurio*:

“El Santiago de 1936, con sus rascacielos, sus casas departamentos, su juventud frívola, sus preocupaciones superficiales y su vida

afiebrada, ofrece un fuerte contraste con el de hace veintitrés años, más sucio, más incómodo y más aldeano, pero todavía con tantos encantos en sus calles y jardines, en sus rincones y paseos..." (*El Mercurio*, 27-IX-1936).

Más allá de las concordancias o desavenencias entre los diferentes editores de medios de comunicación, parecía claro que, para las voces críticas del desarrollo alcanzado hasta ese momento por la capital y su expansión urbana, Santiago, hacia 1941, aún buscaba una identidad que la colocase dentro del sitio anhelado de las grandes capitales de la región y del mundo.

Para la historiadora Paula Vera los fenómenos en los que se manifiesta la disconformidad, la discrepancia y la crítica durante el desarrollo de la ciudad de este periodo deben ser entendidos como el impulso mismo del proceso de búsqueda de la modernización, pues "una ciudad que se iba haciendo a sí misma implicaba cierto desorden que, a pesar de ser combatido, también simboliza la vorágine de los cambios de la ciudad moderna" (Vera, 2013: 64) Así, las dudas y controversias de la prensa ante el desigual desarrollo de la ciudad y de su cimentación urbana eran propios de los desafíos considerados naturales como parte del proceso de crecimiento de las grandes urbes. Al respecto, *La Nación* señalaba en 1937:

"Santiago se encuentra en un periodo de transformación análogo a aquella edad ingrata de los adolescentes que precede a la virilidad. Como si hubiera tenido prisa en recuperar el tiempo perdido, ha dado de pronto un estirón sorprendente, y naturalmente el traje le ha quedado corto. Si ya no es la gran aldea como se complacían en llamarla, tampoco es todavía la ciudad perfecta, pues sus recursos y, por lo tanto, sus servicios son insuficientes para el desarrollo que de improviso ha alcanzado" (*La Nación*, 20-VII-1937).

El 12 de febrero de 1941, día del aniversario del cuarto centenario, si bien se destacaban los avances logrados hasta entonces y se desarrollaron los eventos dispuestos, los ánimos no eran los mejores. Ya lo preveía *La Segunda*, a pocos meses de la celebración, augurando que sería una celebración "menos feliz que Buenos Aires, Bogotá, Lima y otras ciudades hispano-americanas que ya habían celebrado en forma digna". Santiago, indicaba este medio, tenía un triste Cuarto Centena-

rio de su fundación, pues los buenos proyectos dados a conocer en el periodo en que pudo ser posible pensar en la realización de obras de progreso comunal duradero, habían quedado, muchos de ellos, sin ejecutarse, “olvidados”, excusados por falta de recursos, pero también por falta de voluntades:

“La ciudad completa el cuarto siglo de su existencia en precarias condiciones de progreso urbano. Las avenidas, las plazas, los jardines, los nuevos barrios residenciales, los edificios públicos de categoría excepcional que debieron haberse inaugurado para solemnizar el Cuarto Centenario, como se inauguraron en las ciudades que mencionamos más al comenzar, siguen en la imaginación de los hombres a quienes interesa el desarrollo armónico de la ciudad... Nos despediremos, pues, del Cuarto Centenario promisor que habíamos imaginado y nos quedaremos esperando a que otros hombres, más fervorosos en su anhelo de progreso sean capaces de afrontar el vasto programa que los de hoy han dejado irrealizado” (*La Segunda*, 18-XI-1940).

Reflexiones finales

La década de 1930 representa para Santiago un periodo relevante en su transformación urbanística, dada, principalmente, por la expansión en la construcción, la cual se reflejó, sobre todo, en edificios de gran altura para la época, construidos especialmente en el sector céntrico de la ciudad, los que cambiaron su fisonomía y apariencia.

La proximidad de la conmemoración de los 400 años de la fundación de Santiago emergió como una oportunidad para reflexionar en torno a la propia ciudad, sus características, su identidad y problemáticas. Fue bajo este contexto que la prensa se hizo parte como reflejo y actor del debate ante la opinión pública, abriendo con ello la oportunidad para que emergieran distintas sensibilidades en torno a esta importante conmemoración.

Mediante la revisión de la prensa y el análisis de su discurso se pudo constatar cómo ésta vio en el desarrollo de la nueva edificación un signo de progreso hacia la modernización de la ciudad, resaltando sus atributos como un signo del avance hacia una gran capital. Sin embargo, la prensa también dio cuenta de tensiones y contradicciones en

este discurso modernizador, asumiendo una voz igualmente crítica al denunciar tanto la destrucción de su pasado e identidad arquitectónica, como también las precarias condiciones en que vivía una parte importante de sus habitantes, quienes se encontraban ajenos al progreso alcanzado hasta entonces por sectores de la ciudad.

Referencias bibliográficas

Fuentes Primarias

a) Publicaciones periódicas

El Diario Ilustrado, Santiago, 1930-1941.

El Imparcial, Santiago, 1930-1941.

La Hora, Santiago, 1935-1941.

El Mercurio, Santiago, 1930-1941.

La Nación, Santiago, 1930-1941.

La Opinión, Santiago, 1930-1941.

La Segunda, Santiago, 1930-1941.

Las Últimas Noticias, Santiago, 1930-1941.

Fuentes Secundarias

a) Artículos y capítulos de libros

Bernedo, P. (2000). "Historia de las estrategias periodísticas del periódico Valdivia's Deutsche Zeitung, 1886-1912", en *Historia*, Vol. 33, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, pp. 6-61.

Desramé, C. (1998). "Para una historia del espacio público en Santiago", en *Arq*, N° 40. Santiago de Chile, noviembre de 1998, pp. 50-52.

Riesco, M. (2014). "Progreso' Una idea controvertida en una sociedad paradójica", en *Educación y Futuro: Revista de investigación aplicada y experiencias educativas*, N°30, pp. 15-38.

Serra Anguita, D. (2015). "¿Celebrar o no celebrar? La celebración de los festejos oficiales del centenario de la independencia de Chile, 1904-1910", en *Historia*, Vol. 48, N° 2. Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, pp. 595-626.

- Sottorff, C. (2020). “Las calles de Eufrasias: representaciones sociales y urbanas del Barrio Estación Central a través de la literatura y la prensa en la década de 1930”, en Varios autores, *Imaginario y representaciones del delito y el crimen a través de los medios de comunicación*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, pp. 291-353.
- Vera, P. (2013). “El progreso como ensoñación social. Especialidades de la Modernidad en Rosario, Argentina”, en *Anuario Digital. Escuela de Historia*, N° 25, Universidad Nacional de Rosario, pp. 57-90.
- Vyhmeister-Fábregas, K. (2019). “La transformación de Santiago: un caso frustrado de intervención a (1872-1929)”, en *EURE*, Vol. 45, N° 134, pp. 213-235.

b) Libros

- Arias Escobedo, O. (2009). *La prensa obrera en Chile 1900-1930*. Santiago: Ariadna.
- Beltrán, L. (2012). *La prensa chilena en la encrucijada*. Santiago: LOM.
- Bordería Ortiz, E. (1996). *Historia de la comunicación social*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Burker, P. (2000). *Formas de historia cultural*. Madrid: Alianza Editorial.
- Castillo, S. y W. Vila (2022). *Periferia. Poblaciones y desarrollo urbano en Santiago de Chile, 1920-1940*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.
- Chartier, R. (2002). *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Crowley, D. y P. Heyer (1997). *La comunicación en la historia. Tecnología, cultura, sociedad*. Barcelona: Bosch Casa Editorial.
- De Ramón, A. (2007). *Santiago de Chile: Historia de una sociedad urbana*. Santiago: Catalonia.
- Gazmuri, C. (2012). *Historia de Chile 1891-1994*. Santiago: Ril Editores.
- Glave, L. M. (2004). *La república instalada*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Habermas, J. (1994). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Ediciones Gili.
- Hernández Sampieri, R. (2010). *Metodología de la Investigación*. México: McGraw-Hill.

- León Echaiz, R. (1975). *Historia de Santiago*. Santiago: I. Municipalidad de Santiago.
- Ossandón, C. y E. Santa Cruz (2001). *Entre las alas y el plomo: la gestación de la prensa moderna en Chile*. Santiago: LOM.
- Pagano, N. y M. Rodríguez (2014). *Conmemoraciones, patrimonio y uso del pasado*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Peña Otaegui, C. (1944). *Santiago de siglo en siglo*. Santiago: Editorial Zig Zag.
- Rozas, R. C. (2014). *La Hora, 1935-1952*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Santa-Cruz, E. (2014). *Prensa y sociedad en Chile, siglo XX*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Silva Castro, R. (1958). *Prensa y periodismo en Chile*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- Subercaseaux, B. (2011). *Historias de las ideas y de la cultura en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Valdebenito, A. (1956). *Historia del periodismo chileno 1812-1955*. Santiago: 2da. Edición.
- Williams, R. (Ed.) (1992). *Historia de la comunicación. Vol. 2 De la imprenta a nuestros días*. Barcelona: Bosch Casa Editorial.
- Wodak, R. (2003). *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona: Gedisa.